

GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

GEDEÓN

DIPUTADO A CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATIRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES

DIEZ CÉNTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Costanilla de los Angeles, 1

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6 —
Provincias y Portugal, trimestre.....	2 —
Año.....	6 —
Número atrasado.....	0,25 —
25 ejemplares.....	1,50 —

AÑO II

Madrid 26 de Noviembre de 1896.

NÚM. 55

LA FIESTA NACIONAL



EL SEGUNDO AVISO

Jueves de Gedeón.

—Anda, anda, Calínez; ahora sí que dá gusto ser español. Vaya unas flores que nos echan los periódicos extranjeros por lo del empréstito chico. Que somos muy patriotas; que no tenemos, como parecía, la ropa empuñada; que si seguimos así podremos hembraarnos dentro de poco con las grandes potencias: Inglaterra, Alemania, Francia, Villaverde y Linarés Rivas; que hasta ahora todos nuestros males han dependido de los pésimos Gobiernos, pero que en adelante...

—Detente, Gedeón; empecé á escucharte con regocijo, pero ya me tienes vuelto á la tristeza. Si para prosperar es preciso que mejoren nuestros gobernantes, el mal que nos aqueja es un mal sin remedio. Empréstitos chicos si podemos tener; grandes hombres, quitando á Aguilera y Vital Aza, no veo ninguno. Somos un gran pueblo acéfalo.

—¡Calínez, no me lo ocultes! Tú asistes á los Cursos superiores del Ateneo. La palabra acéfalo te ha denunciado.

—Estas en un error: la he aprendido en un artículo de la Sra. Pardo Bazán, mi eximia amiga y escritora. ¿Acaso crees que no tengo mis clásicos? Pues ninguna noche concilio el sueño sin leer á Bonafoux, Sepúlveda y Retana.

—¡Oh, alma grande; digna de ser cantada en versos de colores por Salvador Rueda! Oye, ya que hablaste de Retana, ¿has visto á su segundo cabo, el General Echaluze?

—No; pero me han dicho que goza de una salud perfecta.

—¡Qué maravillosos efectos producen en nuestros Generales los viajes de retorno! Ya ves tú, en Manila estuvo casi desahuciado; según unos, víctima de la anemia; según otros, con amagos de congestión.

—Pues podían haber dicho los unos que blanco y los otros que Peñaplata; vaya un par de diagnósticos antitéticos.

—Sí; pero fuese anemia ó congestión, su mal ha desaparecido sólo con pasarlo por agua.

—Entonces ya sé qué mal es el suyo: quería que se le cuajase la clara; vamos, cuestión de claridades, muy comprensibles en un hombre que se apellida Echaluze y ha sido cabo aunque Segundo. ¿Y qué? ¿Ha proyectado algún resplandor sobre los oscuros sucesos filipinos?

—A esa pregunta podrá responderte Castellano, con quien el bizarro General ha tenido una conferencia de dos horas.

—Pues no creo que este en sus dos horas de conferencia tuviera tiempo de decirle nada substancial, porque la primera la emplearía en percibirle para saludarle.

—Bueno. ¿Y la segunda?

—La segunda en volver á buscarle para despedirse de él.

—Entonces, ¿sabes lo que te digo, Calínez? Que el Sr. Castellano no debería desempeñar el Ministerio de Ultramar, sino la Dirección de Correos. Ahora sólo se pierden las cartas, entonces se perderían las cartas y el Director general.

—En cambio, Weyler, á pesar de haberse metido por las fragosidades de Pinar del Río, no se pierde.

—¡Como que Morote le ha hecho hace poco el nudo de la corbata! ¿Y sabes dónde lo encontró acampado?

—Sí, en Carambola; pero sería mejor que jugase á palos.

—No seas pesimista, Calínez; los negros de Maceo, según las declaraciones de nuestro General, están muy desmoralizados, y no se fian ni de la camisa que llevan puesta. Como que casi todos por esta causa andan desnudos. Además, Weyler, para hacer dominió, tiene en su mano tres combinaciones.

—Ya me figuro cuál será una de ellas: cerrar á negras.

—En realidad no puedo decirte si será esa ú otras; pero de todos modos es innegable que nos hemos apoderado de las lomas.

—¡Pobre Grilo! El que las tenía siempre ocupadas con sus casitas blancas como palomas, ¿dónde va á colocar ahora esa albañilería poética?

—¡Eh! No te apures, que ya se acerca la época de los nacimientos y tendrá sitio de sobra. De todas suertes, para esa misma época quedará pacificada, según Weyler, la provincia de Pinar del Río y podremos devolver sus lomas al poeta cordobés.

—¿De modo que para Noche Buena no habrá ninguna partida importante en Pinar del Río?

—Así lo ha manifestado el General.

—Pues si sucediera lo contrario tendríamos unas Navidades muy animadas.

—¿Por qué?

—Porque abundarían los belenes.

—Bueno, veo que te domina de un modo deplorable la impaciencia. ¿Acaso no observas con qué sesudo juicio todo los comentaristas de la guerra nos recomiendan la calma y la tranquilidad? La pacificación de Cuba es cuestión del tiempo.

—Pues si es cuestión de *El Tiempo*, ¿por qué no nombran General en jefe á Rancés? Esto si-

quiera tendría chiste. ¿Y en Filipinas, también manda Saturno nuestras tropas?

—Tanto como Saturno, no; pero algo parece que le pesan los años al vencedor de Mindanao.

—Mira tú que desgracia; nuestros soldados y nuestros Generales son igualmente valientes. Eso no cabe dudarlo. Los primeros no tienen más que un defecto—si como defecto lo consideras,—ser demasiado jóvenes, y los segundos sólo tienen otro, ser demasiado viejos.

—Pero, á pesar de ese exceso de juventud, nuestro ejército, resulta, por lo animoso y lo brillante, un ejército de la Edad Media.

—Sí, pero las campañas, y no por culpa de los soldados, se hacen siempre de la Edad Antigua.

—En fin, Calínez, todo tendrá remedio; lo que yo siento es que el Ministro de la Guerra tampoco anda bien de salud.

—¿Pues qué enfermedad padece?

—Según creo, un ataque de gota.

—Será la vez primera que no haya tenido Don Marcelo algo militar. Pero dejémosnos de guerras y de enfermedades, y hablemos de teatros. ¿Qué te ha parecido el drama carlista?

—Espeluznante. Sobre sobre todo la carta del barba me ha llenado de terror.

—Sí, D. Carlos ha matado á su hija en pintura. ¡Es un carácter! Afortunadamente, después de matar á su hija él sigue con la gracia de estado.

—Como que es el único Estado que le queda el de la gracia, y Dios se lo conserve muchos años. ¡Buenas están, Calínez, algunas familias! ¡Ande *El Movimiento Católico*! ¿Y en el Español, qué representan ahora?

—Un cablegrama de Cuba.

—¡Un cablegrama cubano! ¿Cómo se titula?

—*La verdad sospechosa*.

—Entonces es también de Filipinas ¿Y en la Comedia?

—*Las damas negras*.

—Vamos, sí, las amazonas de Maceo. ¿Y por los teatros del género chico, qué función priva?

—*El pateo continuo ó los derechos de las tres primeras noches para la suscripción de «El Imparcial»*.

—Ese será un sainete de Ricardo de la Vega.

—No, de diversos autores, con música de Chapí.

—Veo que los teatros tampoco ofrecen grandes novedades. ¿Qué vamos á hacerle! Cuéntame algo de Sagasta.

—Está mudo.

—¡Mudo D. Práxedes!

—El patriotismo le ha puesto una mordaza. No quiere decir nada, ni conversar con nadie. En fin, Gedeón, hasta cuando le hablan por teléfono contestan por él las señoritas de la Central.

—¡Cielos! Calínez, ¿no será ese silencio el precursor de las grandes catástrofes?

—¿Tú crees que se va á quemar nuevamente Gamazo?

—Todo podría ser. Ese silencio de D. Práxedes me espanta. Corro á prevenir á D. Antonio.

—¿Pero qué vas á decirle?

—Voy á decirle: Cuando Sagasta calla, algo tiene en la boca, ¿Será una dentición prematura?

OFRECIMIENTOS

DE LOS AUTORES DRAMÁTICOS PARA LA SUSCRIPCIÓN NACIONAL

Sellés.

Al ver esa suscripción, *sangre al ojo, fiebre al pulso*, entusiasmado y convulso pienso dar una función.

Que yo soy tan hijodalgo como otro, y para que engor-

[den (1) las listas, ahí va la orden para la viuda de Hidalgo.

Que esa suscripción au-

[nente de una manera feroz... y que no olvide Muñoz

que andaba aquí la serpiente.

Vital Aza.

Munilla, es cosa sencilla que yo en tus listas me alis-

[te... Ya se me ha escapado un

[chiste; recíbelo, pues, Munilla.

Yo soy hombre generoso y de costumbres campestres; en cobrando mis trimestres ya me tienes tan gozoso.

Pero es una grosería no entrar en tu suscripción, y te hago la donación

de mis derechos de un día. Pues distingo y tengo ropa

negra y ando bien calzado, y aunque un poco apollado

gusto *sombrero de copa*.

De esta manera se explica mi esplendidez soberana.

Cuando lo cuento mañana, ¡qué gozo en *La rebótica!*

En el café de London, do voy con Ramos Carrión y Ricardo de la Vega,

si á saberse el ra-go llega... ¡Me darán una ovación!

Guimerá.

Ma suscribo: ya lo creu ma lo ha dicho Achegaray, yo soy de lo que no hay,

catálá, voto vi Deus!

Traigo una obra, ¡qué alha-

[jal Miren, la van á aplaudir.

¿eh? Ya no hay más *quedesir*, que allá va *La tierra baja*.

Palencia.

Aun cuando ustedes se

[alarman, desde la Pampa bravía

mi óbolo y el de María

ahí vá, porque gresca no ar-

[men. Los críticos dirán *guau*,

como el *guardian de la casa*;

pero en Méjico, sin tasa

se aplaudirá á la Tubau.

Novo y Cólson.

Peroseñor, ¿cómo no hacen

ustedes *La bofetada*

Las Altezas del honor,

ó tan siquiera *La manía*

del caballo! ¿Para cuándo

guardan ustedes mis dramas?

¿Ya no se acuerdan ustedes

cómo, por verlos, llegaban

trenes llenos de provincias,

público de intención sana

que aplaudían á rabiar

y á mas de aplaudir, lloraban?

¿Quién, como yo, en bene-

[ficios para librar de las armas

á varios muchachos *huérfanos*

obtuvo ovaciones tantas?

¡Vamos, hombre, que da

gracias!

no acordarse de mi *mantal!*

Retes

Yo escribí dramas de peso con Pérez Echovarria: están un poco *manidos*, la verdad ¡esa es la vida! Pero ¡qué vamos á hacerle! si hay alguna compañía que quiera representarme... yo digo lo que Castilla: *estoy pasado de moda*, pero no temo las silbas.

Blasco

Yo no tengo que derechos *eventuales* para poner en escena mis obras á cual más buena;

y aunque no hay en ellas *hechos*

pastorales, que decimos en París; si le gustan al país, *carta blanca* doy á cualquiera empresario, para que las represente, y veréis la risa franca y el *suceso extraordinario* con que el público indulgente las acoge

y si luego se recoge, algo más que el donativo, veréis cómo lo percibo y os envío desde Francia gracias por vuestra *obligación* [cia

J. de Burgos.

Carápolis, ¡vaya qué suscripción la que han *discurrido!* Ahí va Gedeón, mi óbolo *incorrúpto* para la Nación: ahí van los derechos de mi *Salomón*. ¡Qué bombol! ¡Qué tipos! ¡Qué resolución!

DE OJEO

Ustedes saben que Homero solía echar sus siestas de vez en cuando. Y si no lo sabían, ahí está *Zeda*, que sabe mucho de todas esas cosas. ¡Así supiera escribir bien!

Bueno, pues Homero dormía á las veces, aun cuando no existía *La Epoca* en su tiempo. De haber existido y de haberse entregado Homero á su lectura ó á su audición, el sueño hubiera sido continuo.

Pro ni existió entonces *La Epoca*, ni Homero sabía leer, como sab: *Zeda*.

Calculen ustedes, pues, qué de extraño tiene que el amigo Burell, que no es Homero y se halla dentro de la misma *Epoca*, eche un sueñecito cuando se oíreza la ocasión, verbigracia, cuando es preciso hacer un *fondo* intencionado y de doble filo.

Y ¿qué resulta? Se e ha el hombre á do. mir, se le va el santo al cielo y dice:

«La guerra civil en diversas formas ha invertido nuestras más sanas energías. Hubimos de batallar también *siete años* en Cuba...»

¡Cómo se conoce que el amigo Burell no estuvo por allí!

La anterior guerra de Cuba duró *diez años*, si no mienten las historias, y es una mijaja raro que lo ignore todo un padre de la Patria, encargado, como quien dice, de *hacer la historia* y de *escribirla*.

Mas por desdicha no se nuestro en estos límites la sonarrera ultima de nuestro amigo Burell, sino que pasó á mayores, como ustedes pueden ver:

«Y es que en Cuba hemos puesto siempre sobre todas las cosas el alma... ¡El alma! Ahí precisamente es donde más nos han herido. Pero ella es también la que nos dice que cuando Inglaterra y Francia y Rusia permanecen en América, España, que pasó á Cristo triunfante desde los Andes ¡el Chimborazo, no puede tener para el regreso de Cuba más naves que las de Cortés.»

No es muy patriótico que digamos el parrafito. Tenemos, gracias á Dios, las naves de Cortés y las del Marqués de Comillas, quien se apresura á cederlas *con el mayor interés* en bien del Estado. Además, no será nada aventurado afirmar que estamos en América un tantico mejor que Rusia y que Francia. Pero, al cabo, estos son *conceptos relativos*, como diría *Zeda*, dirigiéndose á su compañero de redacción D. Eleuterio Crispín de Andorra. (Y si el companero de *Zeda* es D. Eleuterio, ¿quién será *Zeda*?)

Lo importante es la afirmación verdaderamente... atrevida de que «España pasó á Cristo triunfante desde los Andes al Chimborazo», que viene á ser como decir: «Valdeiglesias pasó á Burell triunfante desde Madrid á la Puerta del Sol.» Pero, ¿cómo ha de creer Gedeón al amigo Burell ignorante de que el Chimborazo es uno de los picos más elevados de los Andes del Ecuador? ¡O es que cuando se hace uno conservador pierde la idea del lugar y la del *Tiempo*?

Gedeón, para explicarse esta pesadilla del amigo Burell, que no suele padecerlas, no encuentra más medio sino pensar que al *iniciar* á un individuo en las prácticas de la conservaduría le juramentan para que declare no haber más Chimborazo, ni más Pichincha, ni más Aconcagua que *el hombre de la Huerta*. De ese modo, puede Burell pasar todo cuanto guste por los Andes y hasta por el teclado, sin que nadie se resienta.

**

Gran oficio es el de corresponsal en estos tiempos de guerras. Escudado tras de la importantísima y difícil misión que va á cumplir, un caballero particular cualquiera se embarca en un trasatlántico, agarra la pluma y no deja títere con cabeza, ni oración con sujeto y verbo en su sitio.

Dígalo cierto señor Mataix, que se ha ido á Manilla «por encargo y riesgo» del *Heraldo*, según él dice... «y de la Gramática», debió añadir.

Es un hombre, según él dice también, «despreocupado y *aventuranesco*», para quien no existen fronteras; un escritor *transatlántico*, sin duda, capaz de

(1) Lo mismo dará engorden que engruesen, digo yo.

marear al propio *Amaniel*, una de las cabezas más sólidas que conocemos.

¡Miren que es curioso escribir una *correspondencia* de dos columnas casi, para hablar de Dickens, de Taboada, de *La guerra santa* y de la barca de Aqueronte! Para eso no era menester ni siquiera trasladarse á Madrid moderno.

Pero, mejor será que ustedes mismos vean y juzguen:

«Aquí se ven los más variados uniformes: desde el que luce todo el día en holgado traje de ciclista unas pantorrillas que constituirían la desesperación de *Juanito Pedal*, hasta el *sportman* que no se sentó una vez á la mesa y lo hace cada tres horas sin cambiar de camisa, haciendo del smocking su inseparable compañero de viaje.»

¿Qué les parece á ustedes? ¿Hay ó no hay propiedad y realismo en esa pintoresca descripción? ¿Dónde se ha visto cosa tan delicada é ingeniosa como ese uniforme con pantorrillas que constituirían la desesperación de *Juanito Pedal*? Claro que no se entiende muy bien por qué había de desesperarse *Juanito Pedal* viendo las pantorrillas del uniforme; pero es indudable que en esas frases hay una intención satírica de primera fuerza.

*Es una cosa,
qué maravilla, ¡Mataix!
ver uniformes
con pantorrillas, ¡Pedal!
Hay Jenofontes
nuevos en tanda, ¡Pedal!
¡Luego veremos
que es lo que apanda Mataix!*

También debe de ser muy intencionado eso del *sportman* que no se muda de camisa cada tres horas; pero, vamos, no hubiese estado de más una *N. de la R.* explicando el chiste y declarando asimismo con qué permiso el joven Mataix (joven le suponemos por la *volcánica fantasía*) llena la barca de Aqueronte con *endriagos y duendes*.

Ea, ¡apostamos algo á que el escritor transatlántico no sabe de cierto quién era Aqueronte? ¿A que le ha confundido con D. Santiago Iglesias, el de los sonetos, donde también suele haber endriagos y duendes en forma de ripios? ¡Y luego se burlará de los que han perdido el benedell intelecto, como cita el *mateix Mataix!*

El cual ya creía que el trasatlántico en que viajaba era la barca susodicha... «Pero el no ver ninguna cámara legislativa y las flamantes levitas de los finísimos oficiales del *Yarra* advierten al más *imaginativo* que viaja á bordo de un buque europeo.»

Pero, señor, ¿qué tendrán que ver las cámaras legislativas con las levitas flamantes y todo ello con la barca de Aqueronte? ¿Habrá también ahí algún chiste oculto? Pues entonces, yo, como lector, exijo que venga *Amaniel* á traducir al castellano ó al idioma que pueda y sepa esos rasgos de aticismo del Sr. Mataix, ó que los telegramas de éste se publiquen seguidos de comentarios, ó que figuren junto á los pasatiempos para mayor solaz de *los de la Batícola*.

Porque eso no es escribir á bordo del *Yarra*, sino tripular el *Yerra* con dirección á *Bulacán*.

.....y armas al hombro.

La Primo-hermandad el *Areípagó Madrileño*, constituida en el Círculo de Bellas Artes de esta corte, ha nombrado su Primo-hermano Mayor honorario á nuestro ilustre amigo el Diputado á Cortes (con acta grave) por Madrid, Gedeón.

Nuestro amigo estima en lo mucho que vale tan honroso nombramiento, y procurará que los areopagitas del Círculo de Bellas Artes le encuentren siempre digno del honorífico cargo que han tenido la bondad de confiarle.

Dice un colega:

«Todos los días hay noticias de expediciones cinéticas, á las que favorece mucho el buen tiempo de que venimos disfrutando.»

Ya lo creo.

Y podía haber añadido el colega: Solamente para Filipinas saldrán á la mayor brevedad siete batallones de cazadores.

Otro recorte:

«Tenemos entendido que de pocos días á esta fecha se han dado de alta en la administración de contribuciones muchísimos industriales que negocian en el ramo de leña.»

Esto es en Madrid, por supuesto.

En Cuba y Filipinas ocurre lo contrario.

Los principales encargados del ramo de leña se están dando de baja.

Telegrama de Londres:

«Un despacho de la Habana dirigido al periódico *Daily Mail* dice que el general Weyler ha expulsado

do de Cuba al súbdito inglés Brown por haber dado el grito de ¡viva Cuba libre!—*Fabra.*»

Mal hecho.

Yo le hubiera puesto en situación de que gritara muchísimo más.

El Sr. Sagasta se ha propuesto no hablar nada de política.

Le preguntan, y sella su boca.

Le aluden, y cose sus labios.

Le van á visitar, y no habla ni siquiera por señas para evitar, sin duda, que éstas resulten demasiado expresivas.

Y cuando algún diario travieso le atribuye estas ó las otras palabras, dice que todo cuanto le achan es pura invención.

Dice verdad D. Práxedes.

Tan absoluto y estudiado ha sido su mutismo, que todo su último viaje dicen que lo ha hecho con una muda.

De la agencia Fabra:

«En las márgenes del Don aumenta considerablemente el número de leprosos, y se trata de formar una sociedad benéfica que tenga por misión combatir ese terrible mal.»

¿Qué Don... será éste?

Porque ¡hay tantos que son una verdadera plaga!

El acontecimiento teatral:

«La empresa, deseosa de complacer á los favores que recibe del público, ha dispuesto que el jueves de la semana próxima sea el estreno del episodio lírico-dramático en un acto titulado *¡Cib!* obra que tan discutida ha sido por la prensa de Madrid.»

Hay quien cree que toda la negrada de Maceo ha venido á Madrid á reventar la obra.

Otros piensan que no hay que subir demasiado la color.

Con los *morenos* basta y sobra para los estrenos de estos días.

Jauja moderna:

«Johanesburgo, la ciudad del oro, como ahora se le llama, cuenta ya más de cien mil habitantes, de los cuales la mitad son negros. El número de solteros es de 30.000.»

En los negros se comprende.

Pero en los blancos es ya el colmo del desprendimiento.

Quedarse sin blanca en la ciudad del oro.

Del Círculo de Bellas Artes:

«El día 25 del corriente, á las nueve de la noche, se reunirán los señores que componen la sección de pintura, para la elección de Presidente y cinco vocales de dicha sección.»

¿Cinco vocales?

Damos la enhorabuena anticipada á los señores A. E. I. O y U.

Dicen casi todos los diarios:

«A juzgar por informes de Roma, dignos de crédito, el importe de las alhajas y del dinero que llevó consigo Doña Elvira, la hija de D. Carlos, no excede de 50.000 francos.»

¿Qué? ¿les parecen á ustedes pocos?

¿Querían ustedes más *franqueza* todavía?

Otro despacho:

«Las noticias que se reciben de Irlanda dan cuenta de los *meetings* celebrados en favor de una amnistía para los presos políticos.»

Gedeón siente mucho no poder hacer nada por ellos.

Si en vez de presos políticos se tratase de presos impolíticos intercedería con Campillo.

Que es el encargado de darles suelta.

Sobre el acorazado *Carlos V*:

«Las pruebas duraron hasta las nueve de la noche, y hubo necesidad de suspenderlas, por notarse que el buque comenzaba á andar arrastrando las anclas.»

Así empieza á andar la Nación española.

Arrastrando las anclas.

Y cuenta que el áncora es símbolo, compendio y gráfica representación de la esperanza.

Los que dudan que la Diputación provincial anda algo atrasada, lean el siguiente suelto:

«Una comisión de la Diputación provincial de Madrid, compuesta del Presidente de la misma, señor Marqués de Bogaraya, y de los Diputados señores Vallejo, Díez, Marqués de la Cimada, Magnin, De Blas y Corcuera, visitaron anoche al Presidente del Consejo, felicitando al Gobierno por el brillante resultado del empréstito.»

¡A buena hora!

El mejor día van á nombrar otra comisión para que felicite al Sr. Cánovas por la publicación de *La campana de Huesca*.

El primer servicio prestado por la policía judicial ha sido una plancha.

¿Y qué? Gedeón aplaude lo que todos los diarios censuran.

A plancha por día, pronto se blindará completamente el recién creado cuerpo.

Y entonces ¡vengan bombas!

Dicen de París:

«La prensa comenta la sesión del Ayuntamiento de París, en la cual se hicieron graves revelaciones sobre el alza del precio del pan. Resulta que ésta se debe á una confabulación de especuladores de diversos países. Al frente de esta asociación, cuyo objeto es encarecer los artículos de primera necesidad, se hallan grandes capitalistas norteamericanos.»

¡Vaya con los *yankées!*

No hay negocio sucio donde no se hallen mezclados los pobrecitos.

Ahora andan en elevar el precio del pan.

De suerte que ya sabemos al fin qué cosa es y con qué se come eso del *pan americanismo*.

Sobre la última hazaña:

«Un despacho de nuestro ministro en Washington da cuenta del suceso acaecido en Newcastle (Estado de Delaware), y añade que tal asunto no tiene la importancia que le han atribuido los corresponsales norteamericanos.»

Nuestro Ministro en Washington, es un hombre frío por excelencia (ya vé que le damos tratamiento).

Para él nada tiene importancia.

Roguemos á Dios que no se encuentre el mejor día con algún estacazo que lo *Dupuy deslome*.

Porque quizá eso tampoco tendría importancia para la dura epidermis de dicho señor.

Un alboroto:

«Anteayer tarde todos los gitanos que se hallaban en la feria del Triunfo, de Granada, promovieron una verdadera batalla campal, originada por la diferencia de un real en el trato de una caballería.»

¿Qué real sería ese?

Indudablemente el Real de la feria.

Dice un periódico:

«Escriben de Roma á *La Epoca*, que merced á la iniciativa del piadoso y simpático padre Panadero, procurador general de la orden Franciscana, que tan numerosos representantes tiene en Filipinas, se ha abierto en Roma una suscripción á favor de los heridos en nuestras guerras filipina y cubana.»

Yo no sabía que el Procurador general de los franciscanos se llamase Panadero.

Pero lo presentia.

Desde que vi á los frailes de Filipinas que al hablar del General Blanco, salían todos por... Procuradores generales.

—Piave, me ha chocado muchísimo una cosa.

—Tú dirás, Gedeón.

—Que los Diputados provinciales hayan obsequiado á su presidente con un banquete.

—Y ¿por qué te choca eso?

—Porque en la Diputación no son aficionados á los banquetes, sino á todo lo contrario.

—No me hagas disculpar, Gedeón. ¿Qué es todo lo contrario á los banquetes?

—Las dietas, Piave, las dietas.

La sububridad pública:

«Se habla de que existen mataderos clandestinos y que las autoridades conocen los sitios donde están establecidos, y al efecto se han pedido los mandamientos judiciales para practicar los correspondientes registros.»

¿Mandamientos judiciales?

Basta con el quinto del Decálogo.

No matarás.

NUESTRO ALMANAQUE

No tenemos espacio en este número más que para decir que saldrá en breve y costará una peseta.

¡Una peseta!

Próxima a publicarse solemnemente la bula de la Santa Cruzada, son ya tantos los pedidos hechos en la Nunciatura, que el nuevo representante de S. S. en esta corte ha mandado formar una lista, previendo el caso de tener que prorratear las bulas, como ha hecho el Gobierno con las obligaciones del empréstito.

Gedeón ha apelado al Nuncio (aiguna vez tenía que imitar a Lastres), y él le ha facilitado la siguiente lista de los primeros solicitantes:

Los fusionistas: Desean bula para no seguir ayunando por más tiempo.

Los simelistas: Desean bula de la misma clase; pero a éstos no les valdrá la bula.

Morlesin: Pide el único ejemplar existente de la bula de Meco.

Montero Ríos: Como buen canonista sabe la diferencia que hay entre una bula y un breve. Pide, pues, un breve..., aunque del género femenino.

Weyler: Su regreso a la Habana no tiene otro objeto que adquirir la bula de la Santa Cruzada... de brazos.

Blanco: La bula de éste es más que bula. Es Bulacán.

Los laborantes: Han telegrafiado diciendo si hay también *bulos*, porque entonces se llevarán una gran remesa.

Labra: No la pide, porque ya tiene bula.

El pintor Luna: Debiera enviársele una bula de difuntos.

Blasco: Ha pedido bula para *lacticinios*, *galicinos* y otros excesos.

Peña Ramiro: No es amigo de *bulas* ni de *bugglas*.

Canga Argüelles: Usará bula de carne.

El Dr. Rizal: Idem idem de pescado.

D. José Carrajal: Idem idem de marisco.

Castellano: Necesita bula para tomar el aceite de hígado de bacalao.

Campillo: Para usar y abusar de la rica alubia.

M. del Palacio: Para obtener indulgencia y condonación general de ripios y cascotes.

El maestro Chapi: Pedirá una bula de composición é indulto de aprovechamientos.

El Marqués de Urquijo: Usa la bula de oro.

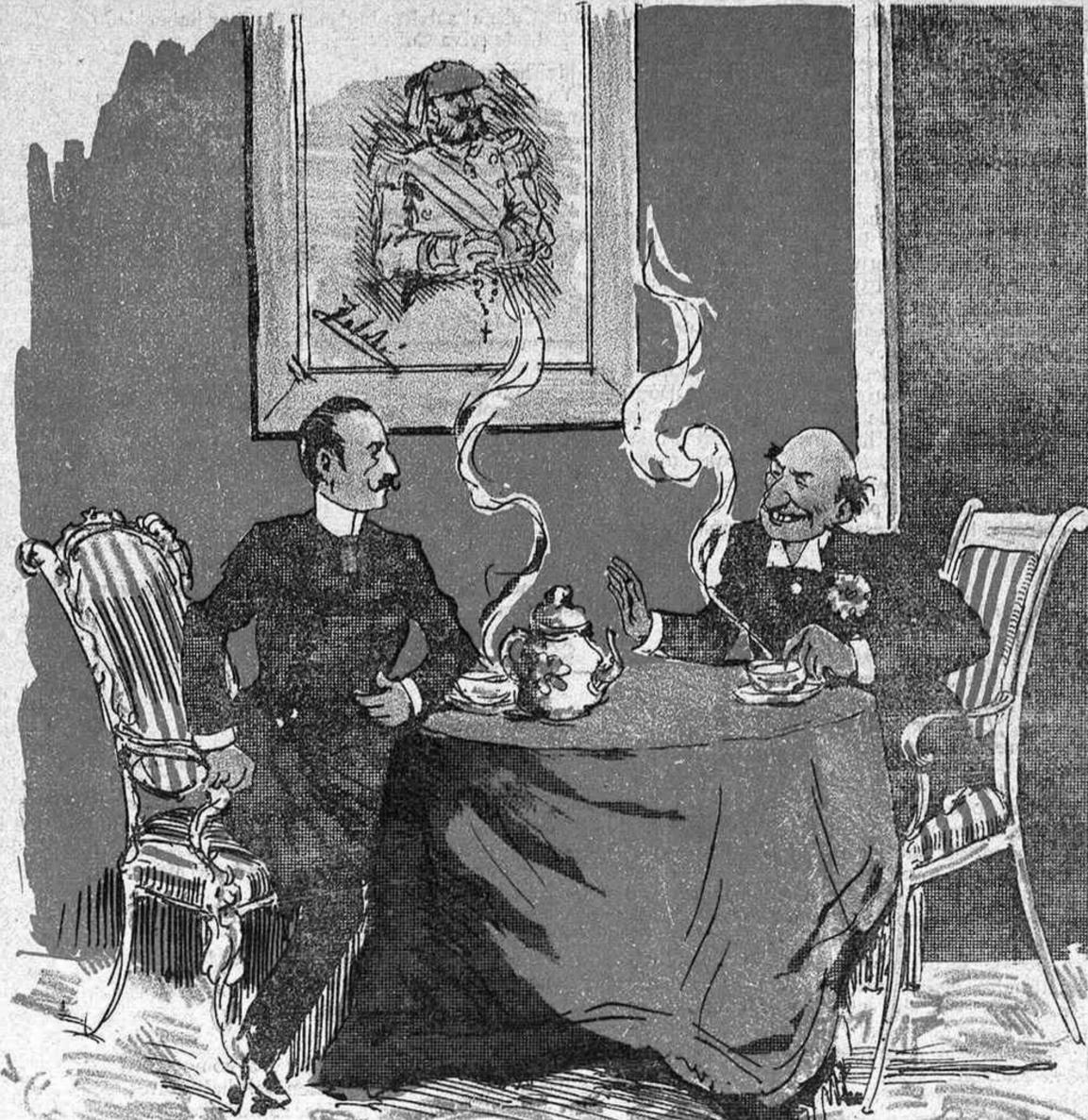
Tejada de Valdoseira: En vez de bula pide un breve.

El General López: Como militar, tiene bula para todo.

D. Práxedes: Ya no puede con la bula.

El Conde de Montarco: Ya le ha echado otra vez las bulas Su Eminencia D. Marcelo.

Los Concejales pródigos: Todos volverán al Ayuntamiento provistos de bulas para comerse con toda tranquilidad al manso cordero del vecindario madrileño.



—Me ha escrito el R, su padre, que la P, su hija, ha muerto.
—No lo crea Ud.; por esas cosas no se muere nadie. Él vive todavía.

EL SORTEO DE NAVIDAD

26 de Nobre. FOLLETÓN DE «GEDEÓN» Num. 10

EL ULTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACIÓN)

Dudó si salvarle ó seguir en busca de la cucharilla pero la Madona le inspiró sentimientos caritativos y optó por lo primero.

A los pocos instantes aparecía á flor de agua con el cuerpo del infeliz entre los brazos.

El Conde Timone, que aguardaba impaciente la salida del buzo con la obra de Benvenuto Cellini, no pudo menos de exclamar despedido al ver lo que se traía el buzo:—¡Vaya una albaja!

Pero uno de los criados dió un grito de asombro.

El recién salvado tenía en la mano la cucharilla.

Efectivamente, en el fondo del canal, había hecho como todos los naufragos inauditos esfuerzos para asirse á algo. Una de sus manos había cogido instintivamente la cucharilla. Después le sobrevino un desmayo y su mano oripada no abandonó la presa.

El Conde Timone elevó la mirada al cielo dándole gracias por aquellas dos pesacas providenciales y dispuso que el naufrago, que aun no había vuelto en sí, fuese cuidadosamente atendido en su palacio.

Los mejores médicos de Venecia le reconocieron, dictaminando que el naufrago, como la ciudad, tenía demasiada agua dentro, pero que todo era repartirla por diferentes canales, y merced á tan sabio tratamiento, á los quince días pudo el enfermo tenerse en pie.

Sin significar apenas su gratitud al Conde Timone, corrió al hotel de la *Donnola*, donde se hospedaba el objeto de su ardiente pasión, *Emilia la Pálida*.

Ya no estaba en él. Había partido: ¿Dónde? no se sabía. Con la desesperación pintada en el rostro salió nuestro enamorado del hotel, y pensó por un momento precipitarse de nuevo al canal; pero talí tuvo miedo de que le sacaran con otra encharilla.

Después, reflexionando más friamente acerca de su situación, dijo: Ella se ha marchado, yo la seguiré. La seguiré por Italia, por Francia, por Alemania, por Noruega, por toda Europa, hasta que le encuentre. La seguiré.

Y la siguió.

Durante un año su único libro de consulta fué la Guía del Viajero.

Pasó de Italia á Suiza atravesando el Simplón y hallando á Salmerón en su camino.

En Suiza, después de recorrer los lagos descubiertos por Alonso de Beraza, tomó en compañía de éste la ruta de Baviera, donde se celebraba un Congreso literario. Los bávaros festejaron como sólo ellos saben hacerlo á ambos huéspedes ilustres, nombrándoles bávaros honorarios y otorgándoles la medalla de honor, colgada de un gancho de oro en forma de erre, alusiva á la Real fundación de la orden.

Esta medalla no había sido concedida á ningún otro español, salvo el Conde de Peña Ramiro, que la rehusó por no poder pronunciar la inicial del colgante.

Ni en Suiza ni en Baviera encontró el amante desesperado rastro de *Emilia la Pálida*. Su dolor no reconocía límites ni aduanas, y tan grande era su estupefacción que estaba siempre como en Baviera.

En todos los hoteles y posadas que hallaba al paso preguntaba inútilmente por *Emilia*; nadie la había visto, nadie la conocía, pero sus preguntas la hicieron célebre en cuantos países iba recorriendo, y un inglés que viajaba por matar el spleen decidió seguirla sin más propósito que el de ver si encontraba á aquella misteriosa y desconocida dama.

Este inglés, llamado Mr. Plumfifay, había seguido anteriormente á un traductor de cuentos ajenos que trabajaba presentando los galicismos en libertad y que al fin murió en manos de un especialista, víctima de sus temerarios atrevimientos con tan feroces bestias.

El hombre del chaquet indefinible, seguido por mister Plumfifay, recorrió la Suecia, la Noruega, la Austria, la Hungría, la Moldavia, la Valaquia y el Principado de Mónaco.

Aquí el desesperado amante trató de ahogar su dolor en el juego. Sentóse en una de las mesas de treinta y cuarenta del Gran Casino y Mr. Plumfifay ocupó el asiento de enfrente.

—¡Encarnado y color!—dijo el banquero.

Todos los puntos se ruborizaron al oírlo.

—¡Hagan juego!—prosiguió el hombre de la banca.

Nuestro desesperado puso dos luises sobre el tapete. El inglés puso cinco.

—¿Está hecho?—preguntó el banquero.

El amante de *Emilia la Pálida* puso seis luises más. El inglés doce.

Entre los dos, veinticinco luises. Una congregación.

—¿No va más?—exclamó la banca, y comenzó á tirar.

Salió negro.

Habiendo veinticinco luises sobre el tapete no podía faltar un negro.

—Negro y contra ganan—dijo el banquero. El inglés sonrió; había ganado. El amante de *Emilia la Pálida* no pestañeó. Había cerrado los ojos.

Todas las tiradas que se sucedieron le fueron contrarias, y el inglés ganaba siempre. Montones de luises se apilaban delante de sus manos y en su cartera rebosaban los billetes del Banco de Mónaco. Con un sólo billete de éstos paga el Príncipe á toda su servidumbre y le queda para una cajetilla de Suzzini.

El hombre del chaquet indefinible, el predilecto de Rocambole, se palpó ansiosamente el chaleco.

No tenía un botón; se había desabrochado tal vez demasiado rudamente en el paroxismo de su ira.

—Mister—dijo dirigiéndose al inglés, con una voz que heló la sangre de cuantos le escucharon:—¿Os habéis propuesto ver mi sombra negra?

—Oh, caballero—repuso el inglés con flemma,—no conocer sombras de otros colores.

—Pues debéis de saber, señor, que cerca de aquí hay una explanada como la palma de la mano y que dentro de media hora os esperaré en ella.

—No faltaré en vuestra palma, caballero—repuso el inglés.



El gordo de este año.

(A seguir.)